

labras cayó desmayado. Eran entonces las dos de la tarde (1). Al punto abrieron las ventanas para que le diera el aire, y le pusieron en su cama. Una media hora despues le sobrevino una apoplejía que le paralizó completamente, y pareció quitarle del todo el conocimiento. Al ver esto todos se agolparon á su alrededor para auxiliarle; los médicos que acudieron, recomendaron se empleasen todos los medios posibles para evitar se aletargase, hablándole, frotándole la cabeza con lienzos calientes y haciéndole tomar bebidas amargas. Dejó que le hicieran todo lo que quisieron, porque entonces tenia su razon perfecta y su juicio sano. El rector de los Jesuitas le sujirió actos de fe, de esperanza, de caridad y de contricion, y el santo Obispo los repetia piadosamente en los intervalos en que podía hablar. A todo lo que le decian no contestaba sino con palabras de edificacion (2). «¡En qué estado os veo! le dijo un religioso amigo suyo.—Padre, mio, le contestó, aquí espero la misericordia de Dios: *Expectans expectavi Dominum, et intendit mihi*. He esperado constantemente en el Señor, y Él ha fijado sus ojos en mí (3).

«Si fuera la voluntad de Dios que muriérais ahora, replicó el religioso, ¿no lo querriais?—Si Dios lo quiere, contestó el santo enfermo con una dulce sonrisa, yo lo quiero tambien; que sea esta hora ú otra ¿qué importa? *Bonum est sperare in Domino* (4). *Dominus est; quod bonum est in oculis suis faciat* (5). Es preciso abandonarse al Señor. Él es el dueño; que obre segun su beneplácito.» Hizo luego la profesion de fe, despues de la cual añadió: «Quiero morir en la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana, la única religion buena; así lo juro y lo profeso. Que me traigan, añadió, el sacramento de la Extrema-  
«Uncion.—Monseñor, le dijo el Padre Maniglier, Jesuita

(1) Carlos Aug., p. 571 y 572.

(2) Idem, p. 575 y sig.

(3) Ps. XXXIX, 1.

(4) Ps. XXXIX, 1.

(5) Reg. II, 18.

«y uno de sus amigos, que habia corrido á su lado así que supo el accidente, decid: *Transeat á me calix iste*. ¡Que este caliz pase de mí sin que yo lo beba!—¡Oh, no! contestó, vale mas decir: ¡Dios mio, que vuestra voluntad se haga y no la mia!—Pues bien, entonces consagraos á la Santísima Trinidad, dijo el Padre.—¡Oh! con todo mi corazon dedico y consagro á Dios todo lo que está en mí, mi memoria y acciones á Dios Padre, mi entendimiento y palabras á Dios Hijo, mi voluntad y pensamientos á Dios Espíritu Santo, mi corazon, mi cuerpo, mi lengua, mis sentidos y todos mis dolores á la sagrada humanidad de Jesucristo: *Qui non dubitavit manibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum*.» (1)

Uno, creyendo que le convendria hacerle esperar su curacion, le dijo que creia que pronto estaria en su silla de Ginebra. «Nunca he deseado, dijo, la silla de Ginebra, sino su conversion.» (2) Luego se confesó, pidió de nuevo la Extrema-Uncion, y proponiéndole el vicario general, que acababa de llegar, se espusiera el Santísimo Sacramento por él en la iglesia de la Visitacion: «No, replicó, no lo merezco.—Pero al menos ¿no querreis que se ruegue por vos?—¡Ah! sí, por mí, pobre pecador.—¿No quereis invocar á la Santísima Virgen?—¡Ay! he recurrido á ella todos los dias de mi vida.» Y diciendo estas palabras cayó en un profundo letargo. El vicario general, para que saliera de él porque le era muy perjudicial, le ocurrió preguntarle: «Monseñor, ¿qué pensais de la religion católica? ¿No seriais calvinista en el fondo de vuestro corazon?—¡Oh, oh, exclamó con esfuerzo despertado por el horror á la herejía, Dios me libre! Nunca fui hereje; eso sería en mí una traicion muy grande.» Y diciendo estas palabras hizo una gran señal de la cruz desde la

(1) Es decir, que no ha dudado entregarse en manos de sus verdugos y sufrir por nosotros el suplicio de la cruz. (Oracion de la Iglesia en la Semana Santa.)

(2) Dep. del Canónigo Gard.—Carlos Aug., p. 576.



frente hasta el pecho. «Pero, le dijo el vicario general »despues de algun tiempo, ¿no temeis la muerte? Los mayores santos la han temido, y tenian mucha razon: ¡O »*mors, quam amara est memoria tua!* ¡Oh muerte, cuán »amarga es tu memoria! *Homini pacem habenti in subs-* »*tantiis suis,*» (1) contestó, es decir; para el hombre que posee su corazon en sus riquezas, queriendo significar con esto que, no estando asido á nada de este mundo, la muerte no tenia para él ninguna amargura (2).

Entre tanto el mal se agravaba por momentos; á la una de la madrugada le dieron la Extrema-Uncion, que habia deseado tan ardientemente, pero no el Viático, á causa de sus frecuentes vómitos, y contestó á todas las oraciones con los mayores sentimientos de piedad, habiendo recobrado como por milagro para este momento terrible toda su libertad de espíritu. Despues de la ceremonia se hizo poner en el brazo su rosario, del cual pendian varias medallas benditas que habia traído de Roma y de Loreto, y rogó á los eclesiásticos que velaban á su lado le sugirieran con frecuencia actos de fe, de esperanza, de caridad, de conformidad con la voluntad de Dios, de contricion y de humildad.

Por la mañana, cuando amaneció el dia que debia ser el último para él, habiendo recibido la visita del Obispo de Damasco, le conoció y estendió la mano para dársela en señal de amistad: «Vengo, le dijo el Obispo, para ayudaros en el último combate. *Frater qui adjucatur à Frat-* »*re quasi civitas firma* (3). El hermano ayudado por su »hermano es como una ciudad fuerte.—*Et Dominus salva-* »*bit utrumque;* contestó, el Señor salvará al uno y al otro.» Algun tiempo despues, el Obispo añadió: «*Jacta super Do-* »*minum curam tuam* (4).—*Et ipse te enutriet* (5), contestó

(1) Eccli. XLIX, 41.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. X.—La Riviere, p. 657.

(3) Prov. XVIII, 19.

(4) Poned vuestra confianza en el Señor. (Ps. LVI, 23.)

(5) Y Él os alimentara. (Idem.)

»el enfermo, mi alimento es que cumpla la voluntad de »mi Padre.» (1)

El Duque de Nemours, Enrique de Saboya, á pesar de estar en cama y cruelmente atormentado de la gota, llegó despues del Obispo de Damasco. Conmovido al ver el estado en que se encontraba el venerable enfermo, se puso de rodillas al pié de su lecho, y con las lágrimas en los ojos le pidió su bendicion para él y su hijo, el Príncipe del Ginebresado, al cual el santo Obispo habia bautizado en París. Le preguntaron si conocia al que le hablaba: »Sí, ciertamente, contestó, es Monseñor el Duque de Nemours, de quien soy vasallo.» Y estendiendo su mano ya muy trémula, le bendijo á él y al Príncipe (2).

La señora de Olier fue tambien con sus hijos para solicitar su última bendicion, y el santo enfermo, levantando su mano desfallecida, los bendijo con un aire de paz y de contento, que anunciaba las grandes esperanzas que fundaba sobre Juan Jacobo, el mas pequeño, destinado á ser padre de una sociedad dedicada á santificar al clero.

A eso de las diez los médicos opinaron sangrarle, y habiendo llegado poco despues el Padre Forier, antiguo director de su conciencia, que le preguntó si se acordaba de él, «*Si oblitus fuero tui,* dijo, *oblivioni detur dextera mea;* Antes me olvidaré de mi mano derecha que de »vos (3).—Decid á Dios, como San Martin, añadió el padre: *Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recusso laborem;* Señor, si soy necesario á vuestro pueblo, »no rehuso el trabajo.—¡Yo necesario! contestó, no, no, soy »un siervo completamente inútil: *Servus inutilis, inutilis,* »*inutilis,*» repitió hasta tres veces. Habiendo notado el esmero que tenia en asistirlo un hermano de la Compañía de Jesus: «Mi querido hermano, le dijo, tomáis por »mí mucho trabajo; ¿qué podria yo hacer por vos?—Mon-

(1) Carlos Aug., p. 515 y sig.—La Riviere, p. 656 y sig.

(2) Carlos Aug., p. 576.

(3) Salmo CXXXVII, 5.



»señor, contestó este, acordaos de mí cuando llegueis al reino de Dios.» El santo enfermo hizo una señal bondadosa en testimonio de su promesa. Habiendo notado también la aflicción de sus criados, á los que oía sollozar al rededor de su cama: «Hijos míos, les dijo, no lloreis; ¿no sabéis que es preciso que se cumpla la voluntad de Dios?» y acabadas de decir estas palabras volvió á aletargarse. Cuando recobraba sus sentidos, era para hablar de Dios, implorar su misericordia y confiar en él. Tenía á menudo en la boca el salmo *Miserere mei, Deus*; tened piedad de mí, Dios mio! Y habiéndole alguno oído repetir en voz baja el verso: *Amplius lava me, Domine, ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me* (2); Lavadme, Señor, mas y mas de mis manchas, y purificadme de todo pecado, se permitió añadir que en su conciencia no le quedaba ya mancha que borrar, porque la habia puesto en buen orden. «Os engañais,» contestó al punto. Otras veces tomaba estas palabras del Salmista: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. Misericordias Domini in æternum cantabo* (3). *Renuit consolari anima mea, memor sui Dei, et delectatus sum* (4). *¿Quando veniam et apparebo?* (5). Es decir: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Cantaré para siempre las misericordias del Señor. Cuando mi alma estaba desolada, me acordé de Dios y fui consolado. ¿Cuándo iré á comparecer ante vuestra presencia?» Le gustaba también repetir las palabras de los Cánticos: *Indica mihi, dilecte mi, ubi pascas, ubi cubes in meridie*. «¡Oh! amado mio, mostradme el lugar donde apacentais vuestro ganado, donde descansais en un eterno mediodía.» Y habiéndole dicho uno, para entretenerle con este pensamiento del paraíso: *Sanctus, sanctus, sanctus*, añadió: *Plena est omnis terra gloria*

(1) Salmo LXXXIII, 3.

(2) Salmo LXXXVIII, 3.

(3) Salmo LXXVI, 4.

(4) Salmo XII, 3.

»ejus,» y continuó el *Te Deum*, este hermoso cántico del cielo, donde estaba próximo á entrar.

Entre tanto las congojas eran cada vez mas frecuentes, y los médicos, para evitarlas, le hacian sufrir graves dolores, pues le arrancaban los cabellos, le daban friegas violentas en las piernas y en la espalda, hasta hacerle sangre. Vuelto en sí por la fuerza del dolor, distinguió al Arzobispo de Embrun que habia ido á visitarle; pero en vez de hablarle, exhaló los suspiros de que su corazón estaba lleno: «¡Oh Dios mio! mi alma está en vuestra presencia, y mis gemidos os son conocidos. Sois vos mi Dios y mi todo, mi deseo y el deseo de las colinas eternas.» Uno le sugirió uniese sus dolores á los de Jesucristo coronado de espinas. «Los que sufro, contestó, no merecen el nombre de dolores en comparacion de aquellos.»

Por último los médicos, viendo al enfermo en el último extremo, quisieron ensayar los últimos remedios. Le habian puesto en la cabeza un parche de cantárida, y al quitárselo le arrancaron la piel. Dos veces le aplicaron el hierro ardiendo sobre la nuca, y una vez el boton de fuego en la parte superior de la cabeza, que se quemó hasta el hueso (1), y durante este largo martirio, cuya violencia le arrancó lágrimas, no exhaló una sola queja. Le preguntaron si sentia el daño que le hacian: «Sí, lo siento,» contestó dulcemente; pero haced todo lo que querais al enfermo;» y su rostro no perdió nada de su serenidad y mansedumbre, ni sus labios articularon mas palabras que los nombres benditos de Jesus y de María. Como el cordeiro bajo la mano del que lo trasquila, sufría todo lo que querian hacer con él, y hacia lo que le mandaban; y conforme con su máxima de nada pedir y nada rehusar, no pidió nunca ningun alivio y nunca rehusó ningun remedio, por grande que fuera la violencia ó aversion que tuviera la naturaleza.

Una muerte mas pronta pareció ser el único resultado

(1) Carlos Aug., p. 577.



de estas crueles operaciones, y desde este momento no pronunció mas que algunas palabras. El Vicario general le preguntó donde queria ser enterrado; no contestó nada.

Habiéndole dicho una hermana de la caridad por darle algun consuelo, pero sin que fuera cierto, que su hermano el Obispo de Calcedonia habia llegado, le contestó: «Hermana, no se debe nunca mentir.» Le preguntaron si no sentia dejar á sus amadas hijas de la Visitacion, y si no tenia inquietud por su instituto naciente: «*Qui cæpit opus, ipse perficiet, perficiet, perficiet* (1),» repitió hasta tres veces; es decir: «El que ha empezado la obra la acabará.» Le preguntaron si no temia ser vencido en el último combate contra el demonio: «*Oculi mei semper ad Dominum,*» contestó, «*quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos* (2).» «Mis ojos estan fijos en el Señor; él es el que me salvará del peligro.» Pero, le dijeron, entre los apóstoles hubo uno infiel: «*Expectans expectavi Dominum,* replicó, «*et exaudivit preces meas, et eduxit me de lacu miserie et de luto facis* (3). Espero el socorro del Señor, oirá mi oración, y me librárá del abismo.» Y despues de estas palabras añadió: «*Qui cæpit, ipse perficiet.*»

Luego volviéndose á uno de los suyos, y estrechándole la mano: «*Advesperascit, et inclinata est jam dies* (4),» le dijo; se hace tarde y se va acabando el dia. Luego, habiendo pronunciado el nombre de Jesus, perdió el uso de la palabra, y no se conocia ya que vivia sino por el movimiento de sus labios y el de sus ojos, que levantaba al cielo á cada aspiracion piadosa que le sujerian. Por último, viendo que iba á espirar, todos los asistentes se pusieron de rodillas, repitieron las oraciones de la recomendacion del alma, y en el momento que se repetia por tercera vez la invocacion: *Omnes sancti Innocentes, orate pro eo,* porque este dia era la fiesta de los santos Inocentes, entregó

(1) Philip. I, 6.  
 (2) Salm. XXIV, 15.  
 (3) Luc. XXIX, 29.  
 (4) Idem, id.

su alma pura é inocente á Dios, con la misma paz y tranquilidad que habia acompañado á toda su vida, á las ocho de la noche, á los cincuenta y seis años de edad y veinte de su episcopado (1).

La noticia de esta muerte fué trasmitida al punto por un medio sobrenatural á Luis de Sales, su hermano, que estaba entonces en el castillo de la Thuile; á Carlos Augusto, su sobrino, que estaba gravemente enfermo, y fué repentinamente curado con la aparicion de su tio; á la Señora de Chantal que, encontrándose entonces en Grenoble, oyó muy distintamente durante su oracion estas palabras: *Ya no existe;* á la venerable Ana Jacobina Coste, aquella tornera de la Visitacion cuya virtud estimaba tanto; al Señor de Coëx, Prior de Talloires, que era tan amigo suyo (2). Pero sobre todo se estendió bien pronto por toda la ciudad de Lyon, y desde este momento un grito unánime y espontáneo proclamó la santidad del difunto, acudiendo los fieles en gran número á honrar su cuerpo y hacer tocar á él sus rosarios y otros objetos de devocion. El intendente Jacobo Olier mandó que le abrieran y embalsamaran, y en esta operacion se le encontró un corazon grande y ancho, sano y entero, el hígado quemado, uno de los pulmones como atravesado de una estocada, el ventrículo derecho del cerebro lleno de sangre cuajada y el izquierdo de agua, lo que concuerda con la parálisis del brazo y del lado izquierdo; pero lo que hubo mas notable fué, que se encontró su hiel endurecida, seca y dividida en trescientas piedrecitas, unidas unas á otras en forma de rosario, doradas ó esmaltadas de diversos colores, unas redondas, otras triangulares, y algunas de ocho caras, fenómeno extraño, que los médicos atribuyeron á la violencia continúa que se habia hecho para vencer la cólera, á la que era naturalmente inclinado (3).

(1) Carlos Aug., p. 579.  
 (2) *Vida de San Francisco de Sales*, por el P. de la Riviere, escrita en 1624, t. IV.—Carlos Aug., p. 581.  
 (3) Carlos Aug., p. 579.—La Riviere, p. 664.



Toda la sangre que se derramó con la operacion fué recogida en lienzos y pañuelos por la piedad de los fieles como preciosas reliquias, que obraron en efecto en lo sucesivo varias curaciones milagrosas. Se llegó hasta raspar la mesa y el suelo donde habian caído algunas gotas, y á recoger cuidadosamente todo lo que habia servido al santo enfermo. Su corazon fué dado al monasterio de la Visitacion, encerrado primero en un relicario de plata y luego en otro magnífico de oro, regalo de Luis XIII, que manifestó así su reconocimiento por la curacion que habia obtenido con la aplicacion de este corazon; una de las piedras mas gruesas de la hiel fué dada á María de Médicis, otra á Ana de Austria, otras dos á los Príncipes de Saboya Carlos Emanuel y Victor Amadeo, y uno de sus anillos á la Princesa real de Saboya; cuyos objetos todos fueron recibidos con gran respeto y magníficamente engastados. Por último, todo lo demás que habia pertenecido al hombre de Dios fué distribuido entre los Príncipes, los grandes y los religiosos, deseando todos tener alguna reliquia de un prelado tan santo.

El 30 de diciembre le hicieron las honras fúnebres en la iglesia de la Visitacion, y el superior de los Fuldenses hizo el panegírico, que fué seguido de las aclamaciones de todo el pueblo, proclamando que era verdaderamente un santo, y llamándole unos un Ambrosio y un Ireneo, otros un Gregorio y un Agustin. Al dia siguiente, Rolando y los demás individuos de la familia episcopal se preparaban á partir para Annecy con el cuerpo de su santo prelado, y hasta le habian colocado en las andas que debian llevar dos mulas alquiladas para este efecto, cuando el Señor Olier corrió á oponerse á la partida, deseando conservar en la ciudad de Lyon tan rico depósito. Rolando, sin desconcertarse por eso partió al punto para Annecy, y fué á buscar el testamento, que le autorizaba para llevarselo. Encontró á la ciudad deshecha en lágrimas, como si cada uno hubiera perdido á su padre; les dijo la oposicion con que tropezaba, y les leyó el artículo del testamento,

por el cual el santo Obispo dejaba la eleccion del lugar de su sepultura á los de su comitiva, en caso de morir fuera de su diócesis. Fuertes con este documento, los magistrados de Annecy escribieron al Príncipe del Piamonte y este al Rey de Francia, alegando que, puesto que la Saboya habia tenido el honor de dar al mundo y á la Iglesia este insigne personaje, tocaba á ella ser la guardiana y depositaria de sus restos mortales, y que además su última voluntad dejaba la eleccion del lugar de su sepultura á los de su familia, los cuales habian decidido que fuera en Annecy. El rey se rindió á unas razones tan poderosas; y con su orden, los canónigos de Annecy pudieron llevarse el cuerpo del santo prelado. Se resolvió que se les entregaria en la Cruz Roja, y los canónigos de San Nizier quisieron llevarle ellos mismos á hombros desde la plaza de Bellecour, donde estaba depositado. El santo depósito salió de Lyon el 18 de enero de 1623, y durante todo el camino fué como una procesion continua de fieles, que acudian de todos los lugares circunvecinos para venerar al santo Obispo, y hacer tocar á su ataud rosarios y medallas. Llegado á Annecy, se le hicieron los funerales con la mayor pompa posible, despues de los cuales se depositó el cuerpo en la iglesia de la Visitacion (1). Allí fue donde los reyes, príncipes y hombres de todas las clases y condiciones fueron á venerarle, hasta en los dias desgraciados de la revolucion francesa, en los que fué necesario ocultarle á la impiedad, ciega devastadora de todo lo que es santo y sagrado. Restituida la paz del mundo, las piadosas hijas de la Visitacion se edificaron un nuevo monasterio y una nueva iglesia; y habiendo hecho llevar de París el Conde Paulo Francisco de Sales, sobrino del santo, entonces embajador del Rey de Cerdeña en Rusia, una magnífica urna que mandó hacer á su costa, se colocó en ella el cuerpo del santo Obispo, siendo trasladado luego con gran pompa á la iglesia de la Visitacion en procesion solemne,

(1) La Riviere, p. 668.



compuesta de varios prelados, de un numeroso clero, de los fieles que concurrieron en gran número, y precedida por el ilustre Arzobispo de París, Monseñor Quélen.

Llegados á la iglesia se colocó la urna encima del altar, apoyada en la pared del fondo del santuario, y desde este tiempo, como antes, numerosas peregrinaciones hacen conocer aún todos los días la veneracion de los pueblos al hombre de Dios, que pasó sobre la tierra haciendo tanto bien.

## LIBRO OCTAVO.

### Retrato de San Francisco de Sales.

Por mucho interés que nos haya ofrecido hasta ahora la vida del Obispo de Ginebra, es, sin embargo, muy cierto que la parte quizás mas útil de esta hermosa vida nos queda aún que referir. Además de los hechos que tienen relacion con una época particular, y de los que nos hemos ocupado, siguiendo paso á paso al santo Obispo desde la cuna hasta la tumba, hay otro orden de hechos que no pertenecen á ninguna época fija, porque constituyendo el estado habitual del hombre, pertenecen igualmente á todas las épocas. Los hechos históricos de la vida de un santo tienen una fecha fija; pero el hecho moral de sus bellas cualidades ó de sus virtudes no la tiene, no pudiéndose decir, estas virtudes son de tal año. Es preciso, pues, referirlas aparte, y este es el vasto campo que nos queda aún que recorrer; campo que encierra el mayor interés, porque los hechos históricos que hemos espuesto no son sino como las emanaciones de las bellas cualidades y virtudes que vamos á describir; y si los arroyos son graciosos y cristalinos, si el viajero se siente deliciosamente refrigerado cuando aproxima á ellos sus lábios abrasados, ¡cuánto mas bellas y benéficas serán las mismas fuentes de donde proceden!

Para dibujar este hermoso cuadro, trazaremos primero

las cualidades naturales de Francisco de Sales, que son como el fondo sobre el cual ha trabajado la gracia. Luego, despues de haber espuesto los medios con que se ha elevado á la santidad, contaremos lo que ha sido con relacion á Dios, al prójimo y á sí mismo. Para con Dios, ¡qué viveza de fe, qué esperanza tan firme, qué amor tan ardiente, qué conformidad con la voluntad divina, qué religion tan profunda, qué devocion á Jesucristo y á sus Santos! Con el prójimo, ¡qué caridad, qué dulzura, qué celo, qué prudencia, mezclada con una sencillez arrebatadora en la direccion de las almas y en los negocios! Y si se considera á él mismo, ¡qué modestia, qué humildad, qué espíritu de pobreza, qué mortificacion, qué paciencia, qué igualdad de alma!

Terminado este cuadro, nos será muy dulce ver tantas virtudes coronadas con la veneracion universal, con los milagros que siguieron á su muerte, y por último por la decision de la Iglesia, que le ha colocado en los altares. Tales son los asuntos llenos de interés que trataremos en este séptimo libro, donde haremos hablar á menudo al mismo santo ó á la santa Madre de Chantal, el alma que le ha conocido mejor; no pudiendo menos el lector de ganar con estas citas, muy preferibles á todo lo que pudiéramos decirle, porque las palabras de los santos están acompañadas de una gracia particular, y son la espresion mas pura de lo verdadero y de lo bello en el orden sobrenatural.

## CAPITULO PRIMERO.

### Cualidades naturales de San Francisco de Sales.

Francisco de Sales era de una constitucion sana y de una estatura elevada; tenia la cabeza fuerte y bien organizada, calva en la parte superior, pero adornada en la inferior de hermosos cabellos rubios un poco oscuros, la